

UN MARCO GEOGRÁFICO Y UN HECHO HISTÓRICO

Por: **BEATRÍZ BARÓN DE BLANCO**

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 112, Volumen 31
1978*

I. La Sierra Nevada de Güicán y el Chicamocha

La Sierra Nevada de Güicán se alza majestuosa en la elevación más grande de la Cordillera Oriental de Colombia; tiene su asiento cerca del municipio del mismo nombre en el Departamento de Boyacá y se extiende imponente emperatriz de los Andes.

Teniendo una buena proporción del piso térmico frío y del paramuno, y también del glacial, su vegetación se compone de una interminable fila de frailejones con su capucha puesta meditando en la blanca extensión salpicada de azul.

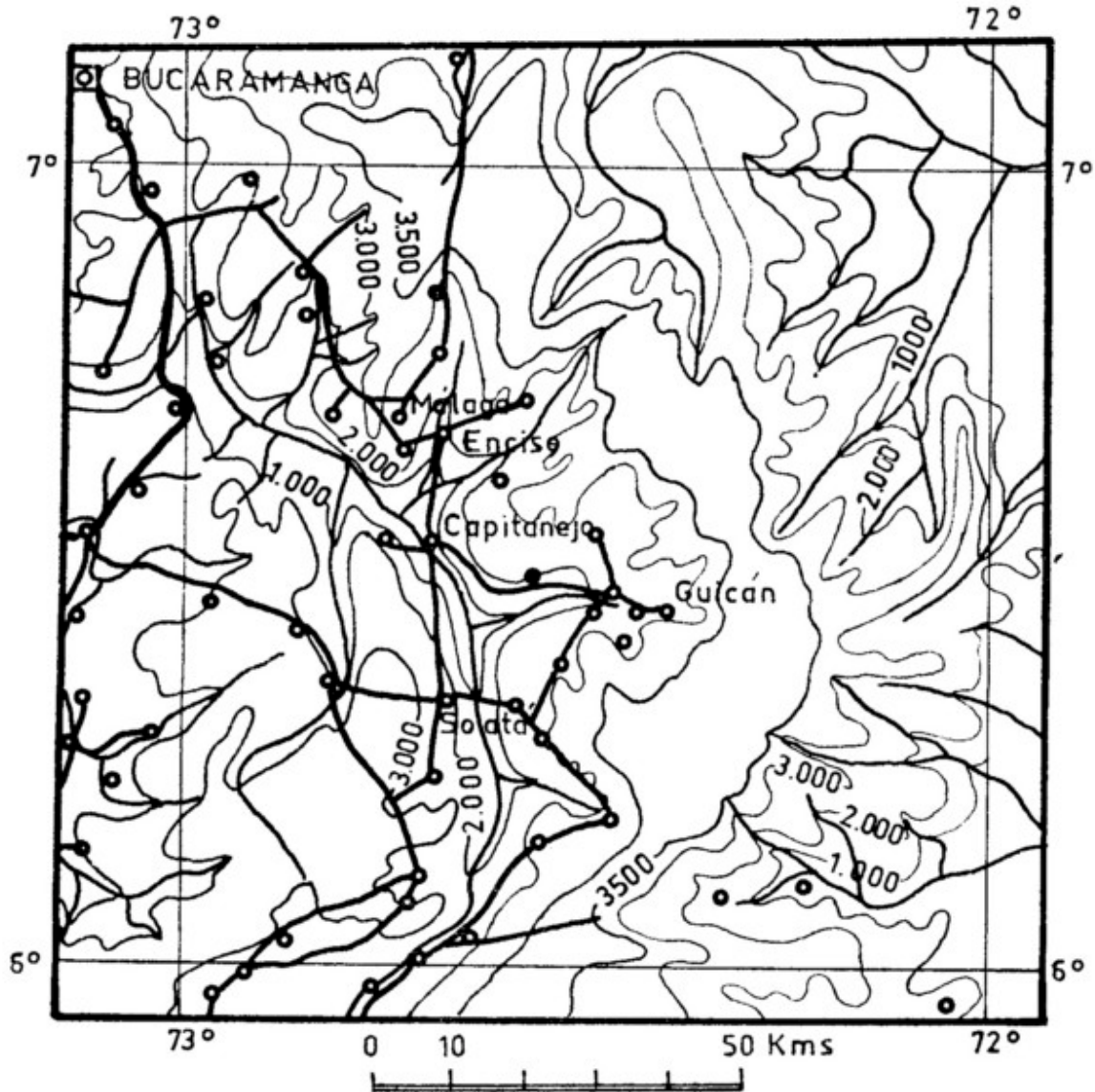
Se forma este nevado de una serie de picachones que se suceden en una extensión de unos 20 kilómetros de longitud por unos tres de anchura, con alturas que varían entre los 4.800 metros y los 5.493 de altitud máxima. El límite inferior de las nieves se halla a una altura de 4.670 metros, y ellas poseen un espesor que va de 15 a 20 metros. Entre los picos de la Sierra Nevada de Güicán sobresale el Pan de Azúcar, que encierra varias cavernas de espléndida belleza. Entre ellas se destaca El Cóncavo, abierta sobre una cima y al borde de un profundo precipicio. Por todas partes aparecen columnas de granito, grietas, galerías fantásticas, sepultadas en el silencio.

Los flancos de la Cordillera forman muros rocosos, imponentes y agresivos, por donde ruedan enormes aludes de nieves que se desprenden por ventisqueros de varios kilómetros de longitud. De sus nieves salen los ríos Ele y Casanare hacia el oriente; y hacia el occidente el río Nevado, tributario del Chicamocha, donde desaparecen las abruptas. pendientes, para seguir luego suaves vegas y laderas. Desde su máxima altitud en los cerros del Pulpito del Diablo se alcanzan a ver aquí y allá las lagunas glaciales, entre las cuales sobresalen la del Arco Iris, así llamada por los colores que en su superficie se reflejan por la descomposición de la luz solar sobre el nevado; y la de San Pablín, Siguiendo el descenso de las laderas se halla el Alto Ritacuva circundado por el valle de Llano largo, en los páramos de El Tabor. Siguen las mesetas en que se encuentra el municipio de Güicán, las cuales prosiguen descendiendo hasta encontrar las vegas del río Mosco. Este río viene de los páramos donde sobresale el Pico de Ortega.

Hacia el noroeste del río Nevado, siguiendo el ascenso se encuentran los sitios de Chiscote, Cañutal, Escobal, Boquerón de Guanare, Alto de Piedragorda, El Espadillal y el Alto de la Palomera. Ya en regiones del Departamento de Santander, para encontrar las vegas del Cañón del

Chicamocha, era el camino obligado de las gestas revolucionarias o de los ejércitos de la legitimidad.

EL AREA DE ENCISO Y CAPITANEJO



La cordillera prosigue su rumbo general hacia el norte, hasta el Cerro de Pantano Hondo, donde vira al noroeste y se interna en el Departamento de Santander, en dirección a Pamplona, ya en territorio de Norte de Santander.

En las propias laderas de ese largo macizo y en los contrafuertes, hallan asiento 35 poblaciones, de su a norte; entre las cuales se encuentran El Cocuy y San Mateo, la antigua Capilla. La Sierra Nevada de Güicán o del Cocuy no está completamente cubierta de nieve pues hay picos sobresalientes y terrenos desnudos. Quien allí transita si no tiene abrigo suficiente experimenta en el rostro y en las orejas como mil alfileres; la cara se le pone rosada y se despelleja con el intenso frío. Hay que llevar forradas las manos 'con guantes de lana y las orejas tapadas con gorros como los que usan los indios bolivianos y que las gentes acá llaman "monteras".

Es increíble que a sólo dos horas del Nevado se encuentren temperaturas casi templadas y se pueda contemplar el valle de Llanolargo, donde las rosas alternan con los eucaliptos. Allí, en Llanolargo, en las épocas lluviosas, la niebla es tan espesa que no se ve una persona a un metro de distancia. Ni se sabe quien sale o quien entra por las puertas de la casa. Sólo se oye la voz de las personas y se perciben sus sombras como si fueran fantasmas cruzando por entre la niebla, que va cubriéndolo todo como si fuera algodón escarmenado y brillante. A las ocho de la mañana el sol es un débil rayo de luz; toda la vega se encuentra sumida en la niebla, que forma a manera de copos que se posaran rendidos de fatiga sobre los mortiños, sobre los eucaliptos, sobre los pinos, sobre los arbustos de "upa" que allí son tan abundantes. Desde lejos se siente el perfume de las flores de retama, pues ni aun su color amarillo se alcanza a distinguir.

A medida que el día avanza, la espesa niebla sube lentamente desprendiéndose con pereza, primero del llano cubierto de yerbas verdes: de una sinfonía de verdes según la sementera: de haba, de papa, de cebada, de maíz. Luego queda enredada entre los árboles al seguir en su ascenso, destapando los picachos, las lomas, las mesetas, hasta revelar las alturas mismas, dejando al descubierto un cielo azul.

Con el agua de los arroyos temporales y de las quebradas sucede un fenómeno de congelación, que se observa al ir a buscar agua a la "toma", como allí se llaman las corrientes hechas por el hombre. Se las deriva de una quebrada cercana y se las aproxima lo más posible hasta la vivienda dándole a ésta un raro encanto, pues en sus orillas crecen las fresas, los cartuchos, las hortensias con toda su gama de colores violetas, azules y rozados. Las margaritas blancas resaltan en el follaje que crece en las riberas. Y las moradas de las gentes, que están cerca, a pesar de sus techos de pajas, parecen casitas de pesebre escapadas de un cuadro. Allí a horas tempranas no es agua lo que corre por entre las tomas. Lo que hay es un espejo de hielo que se queda quieto para que las flores que crecen en las orillas, se contemplen abriendo sus capullos a la primera caricia del sol. Cuando éste calienta el hielo con su mayor fuerza, se resquebraja como si con un martillo hubiera sido roto. Corre entonces por debajo el agua clara, límpida, mientras en la superficie van saltando los pedazos de hielo. En las plantas, en las flores, entre tanto titilan las gotas de rocío.

Es la agricultura la principal ocupación de sus habitantes, que cultivan todos los productos de la tierra fría. El trigo es la siembra de los campesinos pobres, porque no requiere constantes cuidados y les permite emplear su trabajo en otra faenas, como Jornaleros o como peones al servicio de hacendados ricos. Después de su siembra, el trigo solamente demanda un deshierbe en el año, hasta su recolección y trilla. Así, su cultivo es de fácil atención y de rápida venta su producto, pues ha venido a ser un artículo de primera necesidad en la alimentación, a pesar de que el campesino que lo produce no lo consume todo, pues lo cambia por maíz. Y bien es cierto que los cultivos de trigo no han contribuido a un mayor desarrollo de la región.

La papa, cultivada por los indígenas americanos desde los tiempos prehistóricos, desgraciadamente no es una fuente de riqueza. De este tubérculo se cultivan distintas variedades entre las cuales, las de mayor solicitud son la "sabanera" y la "tocarreña". El maíz, cultivo y base de la alimentación de los primitivos habitantes de Boyacá, da desde la mazamorra boyacense hasta la arepa y los tamales. En las zonas frías es más demorada la cosecha pues en las calientes se producen hasta dos al año. Las gentes siembran con predilección el maíz amarillo, por la abundante harina que sale de sus granos; también lo consumen en la cría de animales domésticos, con especialidad las gallinas y los cerdos. La cebada la siembran pero en menor cantidad y allí donde las tierras son malas, no dando ningún resultado económico a la región.

Las tierras templadas y calientes se encontraban sembradas de cañaduzales, que cubrían casi toda el área disponible para la agricultura de maíz, que allí se sembraba para la subsistencia, lo mismo

que la yuca, las arvejas, garbanzos y lentejas, así como también los frutales. La agricultura era la de la caña de azúcar, el renglón de explotación más grande y decisivo en la economía de la comarca. Ahora esto se ha terminado y se tiene que importar la panela, que antes surtía los mercados del Departamento y aun los de la capital de la República y era la principal fuente de exportación. Hoy las siembras de tabaco han destruido la capa vegetal y han sustituido a los árboles frutales que detenían la erosión. El paisaje es de tierras estériles y sus habitantes en su gran mayoría se "alimentan" del ayo, variedad de coca que se da silvestre en la región y que mastican mezclada con cal.

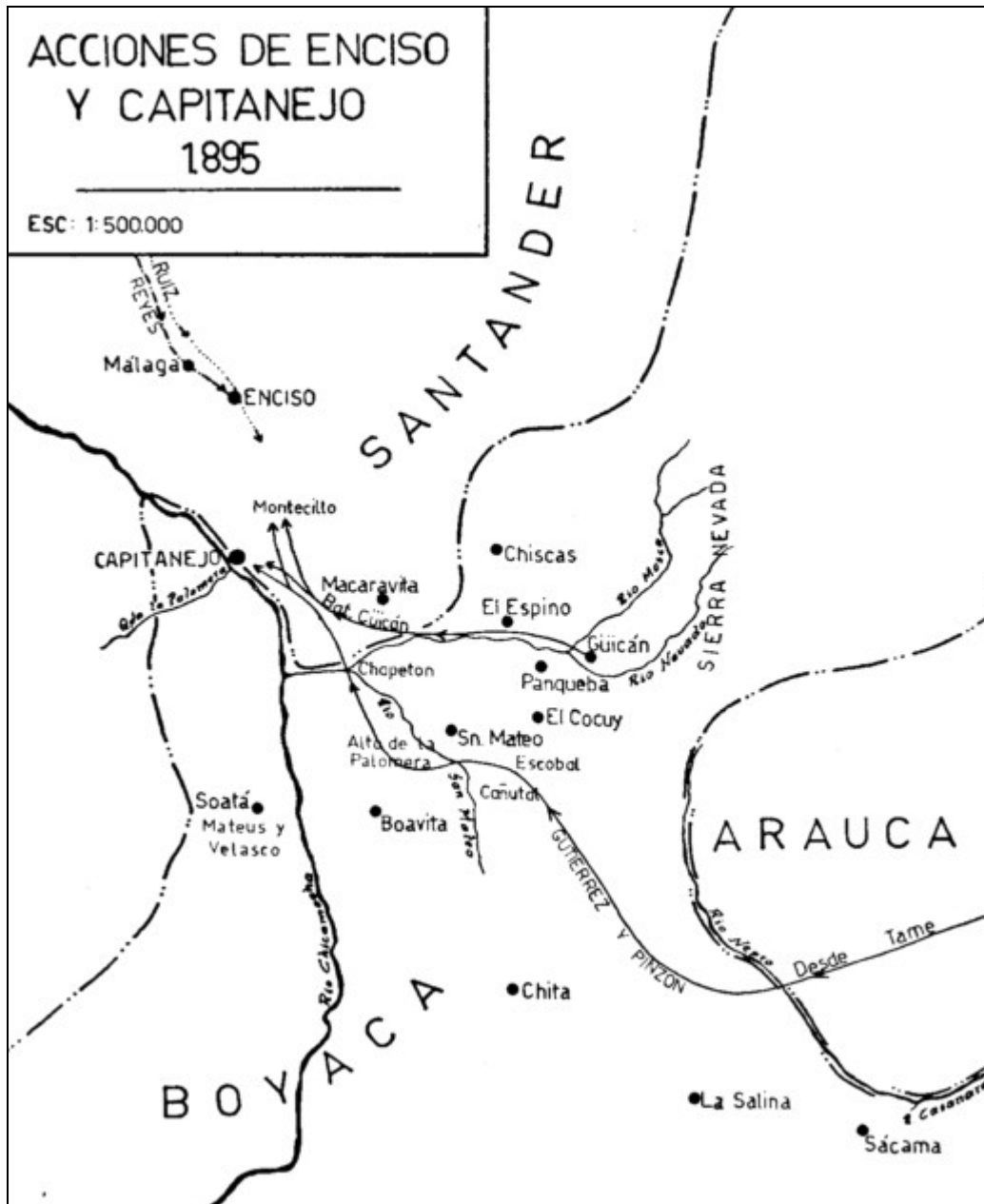
La falta de interés por cualquier otro trabajo que no fuera la agricultura, sumada a la violencia, hizo que la emigración hacia otras regiones con mejores perspectivas económicas fuera grande. Por otra parte en este hecho influyó la falta de dirección de las actividades económicas de la región. Pueblo de grandes capacidades intelectuales, pero tímido, prefiere abandonar la tierra a acometer desconocidas empresas; ni tampoco quiere sacrificar su vida quieta y apacible en aras del éxito o de la fortuna.

Los habitantes de estos valles han seguido la tradición familiar que viene desde la Colonia. En su organización social nada había cambiado ni se había conmovido hasta la Revolución de los Comuneros, cuando enviaron 300 hombres en armas a ponerse al servicio de José Antonio Galán. Después de este episodio la vida siguió su curso inalterable.

Fueron las guerras civiles o mejor la Convención de Río negro, lo que hizo que los pueblos de Güicán y El Cocuy se dividieran ideológicamente en bandos irreconciliables. Y a esa profunda enemistad contribuyeron dos hechos. El primero fue que uno de los hijos de El Cocuy, el general Santos Gutiérrez, fuera uno de los convencionistas de Río negro, algo que llenó de orgullo a sus paisanos. El segundo fue el hecho de que el cuadro de la Virgen Morena, venerado hasta el delirio en Güicán, fuera llevado a la fuerza al primero de estos pueblos y ocultado, emparedado, en una casa. Desde entonces las luchas entre los radicales de El Cocuy y los conservadores de Güicán llenaron de sangre este bello paisaje.

Las guerras civiles tuvieron por teatro muchas veces sus montañas y sus guerreros indómitos fueron sacrificados por un ideal o por el sectarismo, según la ideología de cada pueblo. Fue el cuadro de la Virgen una de las causas de esta discordia, puesto que allí, en esa región, no existían ni la esclavitud que defendían los conservadores del Cauca, ni la posesión de los ejidos, que reclamaban los radicales. Allí existían los mismos dueños de la tierra, que pasaba en herencia de padres a hijos; la misma clasificación social, que daba la posesión de la tierra; la misma economía, las mismas estructuras, y aun en muchas de sus familias, la misma sangre.

La vida política y la social resultaban tensas, pues solamente se veía en el horizonte la sombra de la guerra que fue muy encarnizada, hasta que la dictadura del general Reyes vino a estabilizarla y se terminaron los repartos y repartos de su territorio a que casi un siglo de vida independiente la había tenido sometida. Luego... sólo parece que Boyacá viviera cuando se agita la Nación para algún debate electoral. Todo su interés consiste en llevar a cualquiera al Parlamento, creyendo que con esto se confirma su existencia en el ámbito de la República. Sus plazas son campos abiertos para la retórica política, mientras que las actividades económicas duermen el sueño de los justos. Las provincias del Norte y Gutiérrez vivían como en una isla colonial a pesar de que por la ley 7ª de 18 de octubre de 1878 fueron Departamento con el nombre de Gutiérrez.



II. La acción de Capitanejo en 1895

Durante la guerra civil de 1895 el general Rafael Reyes, que perseguía a las huestes del general José María Ruíz, compuestas de venezolanos, cucuteños y gentes de La Concepción, Enciso, Carcasí, etc., creyó oportuno librar batalla final en el Valle de Enciso el 16 de marzo (algunos autores dicen que fue el día 15). Para ello el general Reyes simuló derrota y ordenó tocar retirada. Ruíz inmediatamente cargó al asalto y fue sorprendido por el fuego de fusil de las tropas de Reyes que éste había dejado apostadas en las bocacalles. El ejército revolucionario dirigido con pericia por Ruíz se replegó hacia el oriente, buscando a Capitanejo y continuamente hostigado por los "pozanos".

El general Reyes le intimó rendición a Ruiz y le propuso una capitulación honrosa. José María Ruiz le respondió que en un plazo de 24 horas le daría contestación. Mientras tanto en Güicán seguían, vigilantes, todos los movimientos de los ejércitos, mediante el sistema de postas. Allí sabían, primero, que las fuerzas del gobierno mandadas por el general Juan Nepomuceno Mateus y el general Lucio Velasco (el León del Sur) se encontraban en Soatá sin que dichas tropas salieran a reforzar a Reyes. Segundo, que salido de los llanos de Arauca, venía el ejército de Campo Elías Gutiérrez y Pedro María Pinzón, compuesto de 4.000 hombres y dotado de armas modernas obtenidas en Venezuela, con el objeto de auxiliar al general José María Ruiz, quien derrotado por Reyes había tomado la vía de Capitanejo, como ya se anotó.

Sabiendo todo esto en Güicán el general José Casimiro Puentes, que estaba degradado por el desastre de "Alto de Salina Grande que en la guerra de 1885 le infligiera el general Campo Elías Gutiérrez, creyó llegado el momento de vengarse de esa derrota y reintegrarse con honor a su ejército. Es conveniente explicar que durante la campaña de 1885 el general José Casimiro Puentes comandaba el batallón Güicán en la Salina de Chita. Dicho comandante fue alertado por el entonces teniente José del Carmen Barón Correa (quien había sido avisado por una posta) de que "el general Gutiérrez venía de los Llanos Orientales con un gran ejército y de que como Salina Grande quedaba en una situación de fácil presa para el adversario debían salirse para evitar ser envueltos en un asalto". Esta advertencia fue inútil y considerada por el general Puentes como "pérdida del elemento sal" destinado a proveer el ejército del gobierno. Ocurrió el asalto previsto, se desarrolló una lucha cuerpo a cuerpo. El general Puentes gravemente herido fue llevado a Carcasí donde milagrosamente curado contrajo matrimonio con la esclarecida dama doña Ester Gómez, Los restos del batallón "Güicán" se desbandaron, unos para engrosar los ejércitos del gobierno en Gámeza y otros para su tierra nativa.

Llegada la acción del general Reyes en Enciso en 1895, el general José Casimiro Puentes, llamó a su primo hermano, mayor Rufino Ussa Muñoz, y le propuso que "debía el ejército de Güicán cortarles el avance que en ese momento efectuaban los generales Campo Elías Gutiérrez y Pedro María Pinzón", quienes, de acuerdo con el servicio de inteligencia que funcionaba en el Norte de Boyacá, descendían, salidos de los Llanos Orientales, por los Altos de "Escoba!", "Cañutal", pasando por el "Alto de la Palomera", sobre Boavita, por la vega del "Chapetón", hacia Capitanejo y debían acampar finalmente en Montecillo. (Montecillo es una vereda de Capitanejo).

El batallón "Güicán", encabezado por el párroco doctor Daniel Martínez Silva (más tarde general en Palonegro), el general José Casimiro Puentes y su ayudante, mayor Rufino Ussa Muñoz; el coronel Florentino Quintero, el mayor Campo E. Leal, el coronel José del Carmen Barón (ascendido en la acción de Salina Grande). Andrés Girardot, quien iba como telegrafista; Circuncisión Leal, Nereo Blanco, Nepomuceno Eslava y otros más. Salieron de Güicán a las tres de la tarde siguiendo el valle del río Nevado y llegaron a La Palmera a la una de la mañana. El general Puentes detuvo su cabalgadura y desmontando dijo: "Quienes quieran morir conmigo den un paso adelante para vengar la derrota que el Tuso Gutiérrez nos hizo en la Salina". El coronel José del Carmen Barón y el mayor Circuncisión Leal fueron los primeros en ofrecer sus vidas. Puentes ordenó al entonces capitán Florentino Quintero y a su ayudante, mayor Campo Elías Leal "ir con 16 hombres más por el Chicamocha abajo" y que "pasando por entre Capitanejo y el río y sin hacer ruido, rodearan las tropas que estaban durmiendo en Montecillo". En ese momento serían las tres de la madrugada. El general Puentes con el mayor Rufino Ussa Muñoz, el coronel José del Carmen Barón, Circuncisión Leal, Nepomuceno Eslava y el ordenanza Benjamín Vega, o peón de a pie del general Puentes, fueron por tunales y guasabarales, sin pasar para nada por el camino, hasta divisar los "boquetes" de la plaza de Capitanejo. Encontraron al "oficial de día" (hoy se dice oficial de servicio), quien en medio de la oscuridad les preguntó: "Ya son horas?". El general Puentes le respondió: "Sí, son horas. Estás preso. Te perdonamos la vida si nos dices dónde está Campo Elías Gutiérrez y su estado mayor". El prisionero les informó que en la casa de Abdón Espinosa, situada en la acera

occidental de la plaza. Además, les dio datos sobre posiciones del enemigo. El general Puentes, Rufino Ussa, Vega y otro se quedaron con el prisionero mientras José del C. Barón y Circuncisión Leal fueron calle abajo; Barón adelante, pegados a las paredes, hacia donde parecía haber un centinela. Con el santo y seña "Ya son horas" lo capturaron. Barón le dijo a Leal: "Quédese de centinela. Yo entro pero acuérdesese que adentro estoy solo. Deje entrar, pero no deje salir a nadie". Barón entró, dio al patio y se dirigió al salón de donde salía una media luz de vela. De un golpe abrió la puerta y desafió gritando: "Dónde está el Tuso Gutiérrez (el sobrenombre Tuso corresponde al general Campo Elías Gutiérrez y no a su padre el general Santos Gutiérrez, como frecuente y erradamente se escribe) que tanto nos busca a los güicanes? Aquí estamos!" Mientras tanto apuntaba hacia adentro con su Remington. "Salga, Campo Elías, o lo mato". El Tuso salió espada en mano y parándose en la puerta le respondió: "Carmelo no me mate. Tome mi espada. Me rindo". La entregó por el pomo. Barón añadió: "Diga a los de adentro que se rindan". En es instante por la puerta por donde había entrado Barón entró el general Pedro María Pinzón armado con una carabina y con el porta fusil colgando del hombro derecho, del que pendían también los zamarros. Barón, tendiéndole el Remington le gritó: "Se rinde o le disparo". En la semioscuridad Pinzón oyó la voz de Campo Elías Gutiérrez que le decía: "Es mejor que se rinda. Yo ya me rendí porque estamos entre los güicanes". Con lo que Pinzón de mala gana, bajó del hombro el portafusil, descolgó la carabina Winchester y la entregó a Barón. Este le dijo: "A ver las municiones". Pinzón sacudió los zamarros y cayeron los cartuchos. Luego le hizo entrega de su espada. A los que estaban durmiendo Barón les gritó: "Salgan a formar. Ustedes primero", señalando a Gutiérrez y Pinzón, a quienes siguieron el general Pedro Antonio Herrera, quien portaba la faja equipada y con el nombre del general Benjamín Herrera, marcada en la hebilla; Pedro Soler Martínez, quien había llegado a Capitanejo enviado por el general José María Ruiz casi al terminar la lucha en Enciso con el fin de coordinar la ayuda que Gutiérrez y Pinzón debían darle a Ruiz esa misma madrugada. (De ahí el santo y seña "Ya son horas"); Benjamín Buitrago, de Chita; Lorenzo Botía, de El Cocuy; Carlos Nicolás Rodríguez; Eduardo Cújar, de El Cocuy, y 17 hombres más. El general Pedro Antonio Herrera resistencia y entonces Circuncisión Leal le dio un culatazo arrojándolo al suelo. En esos momentos, 3 de la madrugada, el general Puentes, quien había estado inspeccionando a caballo todas las calles adyacentes, llegó a la casa de estos sucesos y halló a los 25 miembros del estado mayor revolucionario, prisioneros del coronel José del Carmen Barón y su ayudante Circuncisión Leal.

Al mismo tiempo el coronel Florentino Quintero, escondido tras las piedras sorprendió a la oficialidad del ejército dormido en Montecillo, al otro lado del río; y con sus 17 hombres les gritó en coro: "A rendirse". En la oscuridad, los oficiales, dejando sus revólveres, comenzaron a formar. Cuando vieron que no eran sino unos pocos hombres los que les intimaban rendición, quisieron resistir. Al caer muerto Pedro María Crispín, el único jefe importante que estaba con ellos y que era oriundo de Macaravita, los demás oficiales volvieron a formar y obedecieron tomando la marcha para Capitanejo.

Capturado ya el estado mayor revolucionario de los generales Gutiérrez y Pinzón en Capitanejo y dominado el ejército que acampaba en Montecillo, llegó el general Lucio Velasco (serían las 5 de la mañana) a pactar con los revolucionarios. Más hallando la situación descrita dispuso que como los güicanes habían actuado sin orden ni disposición del ejército del Gobierno, fueran puestos presos. Ante esta determinación el batallón Güicán se sublevó y el mayor Rufino Ussa Muñoz "echó mano al general Velasco". Como las tropas regulares eran muy superiores en número, terminaron dominando a los güicanes. En ese estado las cosas, el general Juan Nepomuceno Mateus, del ejército del Gobierno, dio orden de que los presos fueran remitidos a Soatá, inclusive el general Puentes, cada uno con 10 fusiles a la espalda. El padre Daniel Martínez Silva, ante la gravedad de lo que ocurría, aconsejó a José del Carmen Barón que hiciera entrega de la espada del general Pedro María Pinzón, como en efecto lo hizo, poniéndola en manos del general Lucio Velasco, quien a su vez la pasó a uno de sus ayudantes. En medio de la confusión el coronel José

del Carmen Barón y Circuncisión Leal se escaparon y tomaron el camino de su tierra, cargados con las otras armas tomadas en esa madrugada al estado mayor capturado. No debe extrañar mucho la forma cómo Barón tomó prisionero al general Gutiérrez. Es un hecho histórico que, años más tarde, al iniciarse la Guerra de los Mil Días, el mismo Barón con 10 hombres entró a El Cocuy, tomó preso al general Gutiérrez y lo condujo a Güicán, donde se vio obligado a prometer formalmente que no intervendría en la Revolución que ya estallaba. Como consecuencia se marchó a los Llanos y tiempo después, al regresar, sus propios amigos políticos, por venganza lo despeñaron en el camino que de los Llanos conduce a Chiscas.

Aquí es necesario aclarar la actitud aparentemente inexplicable del general Velasco. Al respecto sólo podemos consignar que en las regiones del Norte de Boyacá y en la Provincia de García Rovira corría entonces la especie de que tanto el general Mateus como el general Velasco debían tener un pacto con el general Ruiz a fin de impedir el triunfo de Reyes. Lo cierto es que ellos no se movieron de Soatá mientras Reyes perseguía a Ruiz y tampoco tuvieron conocimiento de la marcha de Gutiérrez y Pinzón a través de los páramos nombrados.

Ya en las horas del mediodía se supo que el general Ruiz había comunicado al general Reyes que sí capitulaba El plazo de 24 horas había sido para esperar a los generales Campo Elías Gutiérrez y Pedro María Pinzón, y éstos, ya vimos cómo, sin disparar un tiro, fueron capturados mediante la fulminante acción de los güicanes.

Cuando el general Reyes supo todo lo ocurrido y la decisión del general Mateus, ordenó poner en libertad a los güicanes, quienes regresaron a su patria chica dando la vuelta por Montecillo, donde habían dejado ocultos fusiles y pertrechos, y con la amargura de la ingratitud, pero cubiertos de laureles.

Así, según nuestros datos y según nuestra opinión, se explica el definitivo triunfo de Reyes en Enciso, que en sus "Paliques" Ismael Enrique Arciniegas no aclara suficientemente. Para nosotros, sin esa acción intrépida, rápida y decidida de los Güicanes, es posible que el ejército revolucionario procedente de los Llanos" habría reforzado a tiempo al general Ruiz e impedido la rendición de éste. En este aspecto Eduardo Lemaitre en su biografía del general Reyes se limita a decir que la acción de Capitanejo favoreció el triunfo del general Reyes en Enciso, pero no precisa en qué consistió esa acción. Y la historia recoge el hecho de que Reyes venció en Enciso sin saberse completamente cómo ni por qué.

Rectificando a Ismael Enrique Arciniegas en sus "Paliques" se anota que el general Campo Elías Gutiérrez no peleó contra el general José María Ruiz. Gutiérrez y Pinzón esperaban emprender la marcha un poco antes del amanecer para reforzar el ejército de José María Ruiz. Si Gutiérrez hubiera atacado a Ruiz por error, qué hacía entonces Pedro María Pinzón con sus tropas descansando en Montecillo? De haber tenido cualquier contacto los dos ejércitos revolucionarios, los hombres venidos de los Llanos se habrían enterado de la precaria situación en que Ruiz estaba. En Soatá los generales Rafael Reyes y Carlos Holguín se fueron a las manos porque el primero de ellos reclamó por la no ayuda prestada por el ejército que comandaba el general Holguín, acantonado en Soatá. Los separó el general Próspero Pinzón, que había estado en Pan de Azúcar cerca a Duitama, cubriendo la retirada del general Reyes. Fue testigo el general Aristides Barrera, quien tenía a su cargo el escaso parque de 60 fusiles, que era todo lo que poseía el Gobierno para poner a disposición de Reyes a su paso por Tunja hacia Bogotá. Así terminó la Guerra de 1885, que la historia dice que finalizó con la capitulación del general Pedro María Pinzón en Capitanejo.

Por último, hacemos la observación de que este escrito no ha sido preparado con ánimo polémico, sino como una aclaración histórica y como un homenaje a aquellos que haciendo la historia permanecen anónimos.

NOTA FINAL:

La autora deja constancia de que las fuentes de que se ha valido en la preparación de este trabajo, consistieron de comunicaciones verbales del propio coronel José del Carmen Barón y de anotaciones tomadas en el archivo personal del doctor Pedro Barón Castro. Las armas tomadas por José del Carmen Barón en Capitanejo reposan unas en el Museo Nacional, entidad a la cual las donó el doctor Pedro Barón Castro cuando era Ministro de Educación el doctor Rafael Azula Barrera; otras fueron usadas en la Guerra de los Mil Días y, finalmente. Las restantes están aún en poder de la familia Barón Castro.

